

833
D.

PQ 5327
.U7
SG
V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
MOHICANOS DE PARÍS.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN EL CUAL EL AUTOR DESCORRE EL TELÓN DEL TEATRO EN
QUE VA A REPRESENTARSE SU DRAMA.

Si el lector quiere emprender conmigo una peregrinación hacia los días de mi juventud, y retroceder á la mitad del curso de mi vida, haremos alto al principio del año de gracia de 1827, y diremos á las generaciones que datan de esta época lo que era París, física y moralmente considerado, en los últimos años de la restauración.

Empezaremos por el aspecto físico de la moderna Babilonia. Del Este al Oeste, pasando por el Sur, París en 1827 era poco más ó menos lo que es en 1854. El París de la

ribera izquierda es naturalmente estacionario, y tiende más bien á despoblarse que á poblarse; al contrario de la civilización que camina de Oriente al Occidente, París, esta capital del mundo civilizado, marcha del Sur al Norte: Montrouge invade á Montmartre.

Las únicas obras que se han ejecutado sobre la ribera izquierda de 1827 á 1854, son la plaza y la fuente Courier, las calles de Guy-la-Brosse, de Jussieu, de la escuela Politécnica, del Oeste, de Bonaparte, el embarcadero de Orleans, el de la barrera del Maine, y por último, la iglesia de Santa Clotilde, que se eleva sobre la plaza de Belle-Chasse, el palacio del Consejo de Estado en el muelle de Orsay, y el del ministerio de negocios extranjeros en el muelle de los Inválidos.

No ha sucedido lo mismo sobre la ribera derecha, es decir en el espacio comprendido desde el puente de Austerlitz al puente de Jena, entrando en Montmartre. En 1827 París al Este no se extendía en realidad más que hasta la Bastilla, y aun estaba por construir el pasaje Beaumarchais; al Norte, hasta la calle de la Tour-d'Auvergne y la de la Tour-des-Dames, y al Oeste hasta el matadero del Roule y el paseo de las Viudas.

Entonces no existían el cuartel del arrabal de San Antonio, que desde la plaza de la Bastilla va hasta la barrera del Trono; el cuartel Popincourt, que desde San Antonio se dirige hasta la calle de Menilmontant; el cuartel del Temple, que comienza en esta calle y concluye en el arrabal de San Martín; el de Lafayette, que parte de aquí hasta el arrabal Poissonnière; en suma, no existían los barrios de Turgot, de Trudaine, de Breda, de Tivoli, de la plaza de Europa, de Beaujou; ni de las calles de Milán, de Madrid, de Chaptal, de Boursault, de Laval, de Londres, de

Constantinopla, de Amsterdam, de Berlin, etc. La varita mágica de esta hada que se llama Industria, ha hecho salir de la tierra todos estos cuarteles, plazas, paseos y calles, para servir de cortejo á estos príncipes del comercio que conocemos con los nombres de caminos de hierro de Lyon, Strasburgo, de Bruselas y del Havre.

Dentro de cincuenta años París habrá llenado todo el espacio que hoy queda vacío entre sus arrabales y sus fortificaciones: entonces nuevos arrabales se extenderán por todas las aberturas de su vasto circuito de murallas.

Ya hemos visto lo que era el París físico en 1827; veamos lo que era el París moral.

Dos años hacia que reinaba Carlos X; cinco que Mr. Villele era presidente del consejo, y tres que Mr. Delaván había sucedido á Mr. Anglés, tan gravemente comprometido en la cuestión Maubreuil.

El rey Carlos era bueno, de corazón débil y generoso, y dejaba crecer á su alrededor los dos partidos, que, creyendo sostenerle, debían destronarle; el *partido-ultra* y el partido teocrático.

Mr. de Villele era más bien un hombre de bolsa que un hombre político; sabía jugar lindamente con los fondos públicos; pero hé aquí todo. Por lo demás, honrado hasta lo sumo, debía de retirarse del ministerio al cabo de los cinco años tan pobre como había entrado en él, después de haber manejado millones.

Mr. Delaván no tenía valor individual, y estaba completamente adherido, no al rey, sino al doble partido que obraba en su nombre.

La corte era triste, y sólo alteraban su monotonía la juventud, la necesidad de distracciones y los instintos de artista que había en el carácter de la duquesa de Berry.

La aristocracia se hallaba dividida é inquieta; parte de ella se apegaba á las tradiciones semiliberales de Luis XVIII, y pretendía que la tranquilidad del porvenir reposaba en una sabia distribución del poder entre los tres grandes cuerpos del Estado, el rey, la cámara de los pares y la de los comunes; la otra parte retrogradaba violentamente, queriendo enlazar á 1827 con 1788, negando la revolución, negando á Bonaparte y á Napoleón, y creyendo no necesitar de otro sostén que de aquel en que se había apoyado Luis IX y Luis XIV; es decir, el derecho divino.

La clase media era lo que es en todos tiempos; amiga del orden, protectora de la paz, deseaba un cambio, y temblaba de que se llevase á efecto. En una palabra, seguía el convoy del general Foy, tomaba partido por Gregoire y por Manuel, se suscribía á las ediciones de Fouquet, y compraba por millares las cajas de tabaco, en cuya tapa estaba impresa la Carta.

El pueblo era francamente de la oposición, sin saber de cierto si pertenecía al partido bonapartista ó republicano; toda nueva conspiración era saludada por sus aclamaciones; para él Didier, Bertón, Carré eran mártires; dioses los cuatro sargentos de la Rochela.

Ahora que por tres grados sucesivos hemos descendido del rey á la aristocracia, de la aristocracia á la clase media, y de ésta al pueblo, descendamos un grado más, y entremos en estos limbos de la sociedad, iluminados solamente por los pálidos reverberos de la calle de Jerusalén.

Suponed que nos hallamos allí en la noche del martes de Carnaval de 1827.

Los figones en boga son: en la Courtille, Desnoyers, el salón de Flora; en la barrera del Maine, Tonnelier.

Los bailes frecuentados son: la Chaumière, dos razas á puntos de desaparecer; hoy día danzan allí sobre el volcán que debe absorberlas: los estudiantes, las grisetas, la loreta y los Arturos que las han reemplazado no son aún bien conocidos. El Prado, situado enfrente del palacio de Justicia y el Coliseo, el teatro de la puerta de San Martín y Franconi poseen únicamente con la ópera el privilegio de los bailes de máscaras.

Además de estos lugares que acabamos de nombrar, se ven también los inmundos figones llamados tascas.

Hay siete en París.

El del *Gato Negro*, calle de la Vieille-Draperie.

El del *Conejo Blanco*, enfrente del Gimnasio.

El de los *Siete Billares*, calle de Bondy.

El de *Inglaterra*, calle de Saint-Honoré

El de *Pablo Niquet*, calle de los Hierros.

El de *Barratte*, en la misma calle.

Por último, el de *Bordier*, al extremo de la calle de Aubry-le-Boucher.

En el del *Gato Negro* y el *Conejo Blanco* se reúnen particularmente ladrones que son especialidades en su género.

Tranquíllicense nuestros lectores, que no vamos á escribir un libro con esa jerga incomprensible sin el auxilio del infame diccionario de Bicetre y la Conserjería.

No emplearemos, no, esos términos inmundos que nos repugnan tanto como á nuestros lectores.

Digamos pues rápidamente que allí se albergan los ladrones que emplean las gantúas, los que roban pañuelos y bolsas, los que asaltan de noche una casa por la ventana con el auxilio de una escala y otros.

Las otras cinco tascas son sencillamente receptáculos de ladrones de todas categorías.

Para vigilar sobre esta población de forzados-cumplidos, de rateros, de mujeres, de bandidos de todas clases, no hay más que cinco inspectores y un oficial de paz por distrito; los sargentos de villa no se han creado aún, ni lo serán hasta 1828 por Mr. de Belleyme.

Estos inspectores hacen su servicio de incógnito.

Todo individuo detenido por ellos es conducido desde luego á la sala San Martín; es decir, al depósito: allí, mediante seis sueldos por la primera noche y diez por las siguientes, se tiene derecho á una habitación aparte.

Desde allí son enviados los hombres á las cárceles de la *Fuerza ó Bicetre*; las mujeres á las Madelonnettes, cerca del Temple ó San Lázaro.

Las ejecuciones tienen lugar en la plaza de Greve.

Mr. de Paris (1) habita en la calle de Marais, número 43.

La primera pregunta que se hará el lector á sí mismo, y que nos haría si no nos anticipásemos á ella, es ésta: Puesto que la policía sabe dónde están los ladrones, ¿por qué no los prende?

La policía no puede prender más que en fragante delito; la ley en este punto es terminante, y los ladrones de todas clases lo saben muy bien.

Si la policía pudiera prender en todo caso, como los conoce á casi todos, no habría más ladrones en las tabernas de París, ó habría al menos tan pocos que no valdría la pena de quejarse por ello.

En el día no existen ya estas tascas; las unas han desaparecido en las demoliciones necesarias al ornato de París; las otras se han cerrado, se han extinguido, han muerto.

(1) Este es el título del verdugo.

Bordier sólo ha sobrevivido; pero la tasca de 1825 se ha convertido en una elegante tienda donde se venden frutas secas, confituras y licores finos, y que no tiene ya nada del inmundo figón á que nos vemos obligados á conducir nuestros lectores.

CAPÍTULO II.

LOS TRES AMIGOS.

Ya hemos advertido á nuestros lectores que la primera página de nuestro libro llevaba la fecha del martes de Carnaval del año de gracia de 1827.

Sólo que este día de suprema locura tocaba á su última hora; iban á dar las doce.

Tres jóvenes cogidos del brazo bajaban por la calle de San Dionisio; dos de ellos tarareaban los principales motivos de la música que acababan de oír en el Coliseo, donde habían pasado las primeras horas de la noche; el tercero se contentaba con morder jugando el puño de oro de un bastoncillo.

Los dos dilettanti llevaban la librea del día y el disfraz de la época.

El tercero, el que no cantaba, que se hallaba en medio de los otros dos, que parecía el mayor, ó al menos el más formal, estaba embozado en una de esas grandes capas de cuello de terciopelo como se llevaban en aquel tiempo, y que hoy día no se ven más que en las portadas de las obras de Chateaubriand y de Byron.

Aquél salía de una soirée de artistas que había tenido lugar en la calle de San Apolinar.

Iba vestido de un pantalón negro que dibujaba una pierna nerviosa de finos contornos; su pie elegante calzaba media de seda y zapato á la moda; su frac negro, abotonado militarmente, dejaba ver apenas las extremidades de un chaleco de piqué blanco, su cuello se movía cómodamente en una corbata de raso negro, y cubría su cabeza de rizados cabellos, uno de esos sombreros de resortes llamados *clac*.

Si los raros transeúntes que caminaban á esta hora por la calle de San Dionisio hubieran podido levantar la capa, en la cual se envolvía el individuo cuyo traje describimos, se hubieran asegurado de que este pantalón ajustado, de que este frac de corte gracioso, de que este chaleco de piqué inglés con botones de oro cincelado, habían salido indudablemente del almacén de uno de los sastres de renombre del pasaje de Gand, y habían sido confeccionados para uno de esos jóvenes á la moda á quienes llamaban en esta época *dandys*, y que en el día se designan con el nombre ya un poco gastado de *leones*.

Y sin embargo, el que llevaba este traje parecía que no tenía la pretensión de pasar por elegante; bastaba en efecto mirarle un instante para adquirir la certeza de que no era un hombre á la moda; había en todo su aspecto algo que revelaba demasiada independencia de movimientos, para que pudieran aplicarse á uno de esos maniqués esclavos de los pliegues de su corbata. Así es que sus manos se habían apresurado á desembarazarse de sus guantes á la salida de la reunión; lo que permitía ver en el dedo índice de la derecha una de las sortijas que generalmente servían de sello, ya llevasen una divisa personal ó armas de familia.

CAPÍTULO III.

LOS TRES AMIGOS.

Los otros dos jóvenes hacían un singular contraste con esta especie de aparición bironiana. Vestidos con chaquetillas de felpa blanca de cuello de color cereza, de pantalones con rayas blancas y azules, ceñidos los cuerpos con ricas cachemiras, calzados con medias de seda y zapatos de hebillas de diamantes, cubiertos de pies á cabeza con cintas de todos colores, los sombreros adornados de guirnalda de camelias blancas y encarnadas, de las cuales las de menos precio en este tiempo valía un escudo en casa de Mad. Bayon ó de Mad. Prevolt, las dos floristas de más reputación; las mejillas iluminadas con la púrpura de la juventud, el fuego en la mirada, la risa en los labios, la alegría en el corazón, la imprevisión escrita en caracteres de oro en toda su persona; estos dos jóvenes eran la doble encarnación de la alegría francesa, la imagen de este bullicioso pasado por el cual un amigo vestido de negro, sombrío como el porvenir, parecía llevar riguroso luto.

Ahora bien: ¿cómo se hallaban reunidos estos tres hombres de trajes, y á lo que parece de caracteres tan distintos, y por qué vagaban á semejante hora por una de esas cincuenta calles fangosas que cruzan á París desde el boulevard de San Dionisio al muelle de Gèvres?

Es muy sencillo; los dos jóvenes disfrazados no habían encontrado carruaje á la puerta del Coliseo; el joven de la

capa buscaba en vano uno en la calle de San Apolinar.

Los dos primeros, algo más animados por las libaciones de ponche, habían resuelto ir á comer ostras al mercado.

El joven de la capa, mantenido en la plenitud de su razón por algunos vasos de horchata y de almibar de grosella, se retiraba á su casa situada en la calle de la Universidad.

Los tres se habían encontrado por casualidad en el ángulo de la calle de San Apolinar y de San Dionisio; los dos disfrazados habían reconocido un amigo en el joven de la capa.

Entonces se pusieron á gritar á un tiempo:

— ¡ Calla, Juan Robert !

— Ludovico, Petrus, había respondido el joven enlutado.

En 1827 no se decía Pedro, sino Petrus; ni Luis, sino Ludovico.

Los tres se estrecharon las manos con efusión, preguntándose qué hacían á esta hora inusitada en aquel sitio.

Dadas de una y otra parte las explicaciones oportunas, Petrus, que era pintor, y Ludovico que era médico, insistieron tanto, que obtuvieron de Juan Robert, que era poeta, que viniese á cenar con ellos á casa de Bordier.

Tal era el proyecto de los tres jóvenes, y hubiera podido creerse en la rapidez de su marcha, que era una determinación irrevocable, cuando de repente se detuvo Juan Robert.

— Conque, preguntó, es cosa decidida, ¿ no es verdad ? Vamos á cenar, ¿ dónde decís ?

— Á casa de Bordier.

— ¡ Sea en casa de Bordier !

— Ciertamente que es cosa decidida, dijeron á una voz Petrus y Ludovico, ¿ y por qué no había de serlo ?

— Porque siempre se está á tiempo de retroceder, cuando se va á hacer una tontería.

— ¿ Y en qué está la tontería ?

— En que en vez de ir á cenar tranquilamente en casa de Very, de Felipe ó de los Hermanos Provenzales, queréis pasar la noche en algún innoble bodegón, donde beberemos infusión de palo de Campeche por vino de Burdeos, y donde nos darán gato por liebre.

— ¿ Qué diablos tienes esta noche contra los gatos y el palo de Campeche, oh poeta ? preguntó Ludovico.

— Chico, dijo Petrus, Juan Robert acaba de obtener un triunfo en el Teatro Francés : ha ganado quinientos francos en dos días, tiene sus bolsillos llenos de oro y se ha vuelto aristócrata.

— ¿ No me diréis que vais allá por economizar ?

— No, dijo Ludovico ; es para conocer un poco de todo.

— ¡ Bah ! no comprendo esta necesidad, exclamó Juan Robert.

— Yo declaro, replicó Ludovico, que no me he puesto este absurdo traje sino con el propósito de ir á cenar al mercado ; estoy á cien pasos de él : ó ceno aquí ó no ceno.

— ¡ Ah ! dijo Petrus, tú hablas como hombre experimentado ; el hospital y el anfiteatro te han preparado ó todos los espectáculos por repugnantes que sean : filósofo y materialista, tú estás armado contra todas las sorpresas. Yo, que en mi realidad de pintor, no he tenido siempre vino de Campeche que beber y gato que comer ; yo, que estoy familiarizado con los modelos de los dos sexos, cadáveres vivos, que tienen sobre los muertos la inferioridad del alma, acepto con el mayor placer. Pero, añadió mostrando á su compañero, ¿ qué papel puede representar en

semejante sitio este joven impresionable, este poeta *sensitivo*, este heredero de Byron, este continuador de Goethe? ¿Tiene acaso la menor idea del modo con que ha de conducirse entre la gente que vamos á presentarle? ¿Podrán escuchar sus castos oídos las animadas palabras que cambian entre sí los caballeros de noche que habitan estos lugares cuando están acostumbrados sólo al *Joven enfermo* de Millevolle y á la *Joven cautiva* de Andrés Chenier? No. En tal caso, ¿qué viene á hacer entre nosotros? Nosotros le desconocemos. ¿Quién es este extranjero que viene á mezclarse en nuestros placeres? *Vade retro*, Juan Robert.

— Mi querido Petrus, respondió el joven que acababa de ser objeto de esta diatriba, mi querido Petrus, estás medio embriagado, pero eres un completo gascón. Haces alarde de defectos que no tienes para ocultar las cualidades que posees. ¡Te finges el calavera porque tienes miedo de parecer sencillo, porque te avergüenzas de parecer bueno! Tú no has puesto nunca el pie en una taberna de mercado, lo mismo que Ludovico, lo mismo que yo, lo mismo que los jóvenes que se respetan, ó los obreros que trabajan.

— ¡Amén! dijo Petrus bostezando.

— Bosteza y búrlate cuanto quieras; vanagloriate de tus vicios imaginarios para ofuscar á la multitud, porque has oído decir que todos los grandes hombres tenían vicios, que Andrés del Sarto era ladrón y Rembrand crapuloso; pero delante de nosotros, que sabemos que eres bueno; pero delante de mí, que te amo como un hermano más joven que yo, continúa siendo lo que eres, Petrus, franco y sencillo, impresionable y entusiasta. ¡Eh! si fuera permitido seguir tan mal rumbo, y en mi opinión nunca está permitido, sería cuando se ha sido proscrito

como el Dante, desconocido como Maquiavelo, ó engañado como Byron.

¿Has sido engañado, desconocido ó proscrito? ¿Miras tú la vida del lado del horizonte triste y árido? ¿Se han fundido en tus manos los millones, dejando por única huella la ingratitude ó la cicatriz de la desilusión? ¡No! Tú eres joven, tú vendes tus cuadros, tu querida te ama, el gobierno te ha encargado una *muerte de Sócrates*; hemos convenido en que Ludovico servirá de modelo para Fedón, y que yo haré de Alcibiades: ¿qué más quieres? ¿Cenar en una tasca? Cenemos en buen hora. Esto al menos tendrá un resultado; disgustarte de tal modo de este sitio, que en tu vida quieras volver á él.

— ¿Has concluido? dijo Petrus.

— Sí.

— Entonces pongámonos en marcha.

Petrus echó á andar entonando una canción, mitad báquica, mitad obscena, como si hubiera querido probarse á sí mismo que la lección grave y afectuosa que acababa de recibir de Juan Robert, no habia hecho ninguna impresión sobre él.

Al cantar la última copla llegaban al mercado: las doce y media daban en el reloj de San Eustaquio.

— ¡Ah! veamos, dijo Ludovico, que, como se ha visto, habia tomado poca parte en la conversacion, y que, espíritu pensador, se dejaba llevar fácilmente donde querian conducirle: es cierto que por doquiera que va el hombre, ya se le lleve frente al hombre ó frente á la naturaleza, encontrará materia para observar y meditar; por tanto, se trata ahora de hacer una elección. ¿Entramos en casa de Pablo Niquet, en casa de Baratte, ó en casa de Bordier?

— Me han recomendado á Bordier, dijo Petrus.

— Entremos pues en casa de Bordier, continuó Juan Robert.

— Á menos que no prefieras algún otro templo casto, ¡ hijo de las musas !

— ¡ Oh ! bien sabes que nunca he venido á estos barrios : así poco importa ; cenaremos mal en cualquier parte ; no tengo dónde escoger.

— Ya hemos llegado. ¿ Te parece bien el aspecto que presenta ?

— Sí.

— En tal caso penetremos.

Y torciendo su sombrero hacia una oreja, Petrus se lanzó en la tasca con la misma confianza y resolución que un antiguo parroquiano del establecimiento.

Sus dos amigos le siguieron.

CAPÍTULO IV.

LA TASCA.

El figón estaba lleno, más que lleno, rebosaba de gente.

El piso bajo se componía de una sala ahumada, nau-seabunda, donde bullían amontonados en increíble confusión todo un mundo de hombres y de mujeres vestidos de las maneras más diversas. Algunas de las mujeres, y es preciso decir que eran las más coquetas y las más lindas, algunas de las mujeres disfrazadas de verduleras, escotadas hasta la cintura, con las mangas arremangadas hasta el

sobaco, pintorreadas de bermellón, manchadas de lunares, algunas de estas mujeres denunciaban su doble disfraz por una voz más ronil, por un juramento más acentuado que el que convenia á su vestido de seda y á su gorra de encajes ; disfraz de traje y disfraz de sexo ; mas por un extraño abuso de los caprichos de Carnaval, sin duda, no eran éstas las menos festejadas por la multitud de hombres que componian las dos terceras partes de la noble asamblea.

Toda esta multitud, sentada, de pie, acostada, reía, hablaba, cantaba en los tonos más incoherentes, y con tal confusión, que la masa escapaba á toda descripción, y sólo algunos detalles se destacaban del informe conjunto viniendo á sorprender al observador.

Era un caos impenetrable, donde todo se confundía, se perdía y se mezclaba ; los brazos musculosos de los hombres parecían pertenecer á las mujeres ; las delgadas piernas de las mujeres parecían pertenecer á los hombres : una cabeza barbuda parecía salir de una delicada garganta ; un pecho velludo tenía el aire de soportar la cabeza melancólica de una judía de quince años. Hubiera sido imposible aun á Petrus, después de haber reconstruído los troncos y disuelto á cada uno su cabeza, hubiera sido imposible distinguir de quién eran los pies, los brazos, las manos ; de tal modo estaban entrelazadas y confundidos estos miembros los unos con los otros.

Los grupos que se distinguían aparte, eran : un payaso que fingía dormir arrimado á la pared ; un polichinela que trataba de dar una vuelta por la sala llevando un muchacho sobre cada una de sus falsas jorobas ; un turco que iba saltando á la pata coja para probar que no estaba borracho ; un chico disfrazado de mono, y que saltaba de silla

en silla, de grupo en grupo, haciendo exhalar á los sacerdotes de la diosa Locura y del dios Carnaval las exclamaciones más extrañas y las voces más chillonas.

Un hurra formidable acogió á los tres amigos en su entrada en la sala.

El payaso despertó de su letargo y levantó su cabeza.

El polichinela se detuvo en su movimiento de rotación, como un astro que tropezara con un cometa.

El turco trató de levantar las dos piernas á la vez, lo que produjo su caída instantánea sobre una mesa que se rompió al violento choque.

Por último, el mono se puso de un salto sobre los hombros de Petrus, y empezó á deshojar en medio de las risas de la reunión las aristocráticas camelias de su sombrero.

— Créeme, dijo Juan Robert á Petrus, salgamos de aquí; esto me hace mal.

— ¡Salir antes de haber entrado! respondió Petrus; ¿en qué piensas? Creerán que teníamos miedo, y nos cazarían por las calles de París, lo mismo que S. M. Carlos X caza jabalíes en el bosque de Compiègne.

— ¿Cuál es tu opinión? dijo Juan Robert á Ludovico.

— Mi opinión, contestó éste, es que, ya que estamos aquí, nos quedemos hasta que se concluya la fiesta.

— ¡Como queráis!

— ¡Atención! dijo Petrus, nos están observando. Tú, que eres autor dramático, no ignoras que todo depende de los primeros pasos.

Y dirigiéndose hacia la especie de cráter que se abriera á los pies del infortunado turco, cuyo cuerpo se había hundido en él, y de donde no salían más que la punta de sus botas y los flecos de su turbante:

— Señor musulmán, dijo, siempre con el mono encima

¿no conocéis la frase de vuestro patrón, Mohamed-ben-Abdallah, sobrino del grande Abau Thaleb, príncipe de la Meca?

— No, respondió una voz desde las profundidades de la mesa rota.

— *Puesto que la montaña no viene á mí, yo voy hacia la montaña.*

Al decir esto cogió de improviso al mono por el cuello, lo quitó de sus hombros con la misma facilidad que se hubiera quitado el sombrero, y saludando al turco con el pilluelo, que pugnaba por desasirse de su brazo extendido, le dijo:

— Yo os rindo mis respetuosos homenajes, buen musulmán.

Y volvió á colocar en sus espaldas al muchacho, que se apresuró á deslizarse por el cuerpo con la mayor agilidad, desapareciendo en un rincón donde no penetraba la luz de los tres quinqués que iluminaban el figón.

Esta prueba de cortesía y de fuerza combinadas valió á Petrus universales aplausos.

El turco contestó maquinalmente al saludo; después se agarró como un ahogado á la mano que tendía Petrus, el cual, de una sacudida le dejó de pie.

— Hay demasiada gente aquí; subamos al primer piso.

— Como quieras, respondió Ludovico, aunque este espectáculo no carece de interés.

Un mozo que les seguía desde su entrada en la tasca, para asegurarse sin duda de que eran consumidores, se mezcló en la conversación.

— ¿Estos señores desean subir al primer piso?

— Sí, dijo Petrus.

— Por aquí, continuó el mozo mostrándolos una especie de escalera de caracol.

Los tres amigos emprendieron la ascensión en medio de los silbidos y de las risas de las máscaras, que reían y silbaban sin saber por qué.

En el primer piso la sala estaba llena como en el bajo; era el mismo hacinamiento de gentes en una misma pieza, ahumada, de paredes grasientas y aspecto tenebroso y repugnante.

Vista desde la puerta esta masa informe, iluminada débilmente por la rojiza luz de tres ó cuatro quinqués, era la imagen viva, la materialización tangible de las ideas confusas y disparatadas que se chocan entre sí en el cerebro de un hombre embriagado.

— ¡ Oh ! dijo Juan, que al llegar el primero empujó la puerta, parece que el infierno de Bordier es al revés del infierno del Dante; cuanto más se sube, se baja más.

— Vamos, ¿ qué te parece ? le preguntó Petrus.

— Esto es horrible; pero me va pareciendo curioso.

— Entonces sigamos subiendo, replicó Petrus.

— ¡ Subamos ! continuó Ludovico.

Y los tres jóvenes emprendieron de nuevo su ascensión por la estrecha escalera.

En el segundo piso la misma afluencia, el mismo espectáculo, y casi idéntica decoración, con la diferencia de que el techo era más bajo, la atmósfera más espesa y el aire respirable cargado por consecuencia de más vapores malos.

— ¿ Qué dices de esto, Juan Robert ? preguntó Petrus.

— Continuemos subiendo, dijo el poeta.

En el tercer piso era aun más repugnante la escena.

Allí había sobre las mesas y bajo las mesas, sobre los

bancos y bajo los bancos unas cincuenta criaturas humanas, si es que el hombre rebajado del nivel de los brutos merece conservar este nombre.

Estas cincuenta criaturas, hombres, mujeres, niños, estaban dormidas al lado de botellas y platos rotos, manchados por las salsas y enrojecidos por los vinos.

Un solo quinqué alumbraba tenebrosamente la sala.

Se hubiera creído la lámpara de un sepulcro, si los ronquidos que exhalaban algunos pechos no hubiesen revelado la existencia material de esos miserables beodos muertos intelectualmente.

Juan Robert sentía oprimirse el corazón; pero sabía dominarse; y no se habría doblegado su voluntad aunque hubiera estallado su corazón.

Petrus y Ludovico se miraban, dispuestos, el uno á pesar de su entusiasmo, y el otro á pesar de su indiferencia, á volverse atrás.

Pero Juan Robert, viendo que quedaba un cuarto piso, dijo :

— Vamos, señores, vosotros lo habéis querido, ¡ arriba, arriba !

Allí la decoración era la misma, pero la escena cambiaba.

Cinco hombres solamente estaban sentados alrededor de una mesa; sobre la cual se veían restos de comida, en medio de ocho ó diez botellas.

Estos hombres no estaban disfrazados, y llevaban blusas y chaquetas.

Los tres amigos entraron; el mozo que los había seguido de piso en piso entró detrás de ellos.

Los jóvenes se detuvieron á la puerta, echaron una ojeada por la sala, y Juan Robert hizo un movimiento que quería decir : « Esto nos conviene. »

La pantomima era tan expresiva, que Petrus constató:

— ¡ Aquí estaremos como príncipes !

— En efecto, dijo Ludovico, no nos faltará más que aire que respirar.

— ¡ Bueno ! exclamó Petrus, abriremos la ventana.

— ¿ Dónde quieren les señores que les ponga la mesa ? preguntó el mozo.

— Allí, dijo Juan indicando con el dedo el lado de la sala opuesto al en que se hallaban los cinco individuos.

La sala era tan baja de techo, que era preciso quitarse el sombrero al entrar ; y aun quitándose el sombrero Juan Robert, que era el más alto de los tres, tocaba el cielo raso con la cabeza.

— ¿ Qué desean estos señores ? preguntó el mozo.

— Seis docenas de ostras, seis raciones de carnero y una tortilla, contestó Petrus.

— ¿ Cuántas botellas ?

— Tres, con agua de Seltz, si es que hay.

Al oír esto, uno de los cinco individuos se volvió hacia los recién venidos.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo, ¡ agua de Seltz ! son lechuguinos á lo que parece.

— Ó hijos de familia, exclamó un segundo.

Juan Robert había dejado ya su capa en una silla y su bastoncillo en el ángulo de la ventana.

El mozo por su parte se disponía á encargar la cena pedida, cuando el hombre que hubiera hablado primero tratando á los jóvenes de lechuguinos, detuvo á aquel por el brazo diciéndole :

— ¿ No has pedido cartas ?

— Sí, señor.

— Entonces, ¿ por qué no las has traído ?

— Porque ya sabéis que no se dan á estas horas.

— ¿ La razón ?

— Que os la diga Mr. Delaván.

— ¿ Quién es Mr. Delaván ?

— El prefecto de policía.

— ¿ Y qué tengo que ver con el prefecto de policía ?

— Vos no, pero nosotros si.

— ¿ Por qué ?

— Porque nos haría cerrar el establecimiento ; lo cual nos privaría del gusto de recibirlos.

— Pero si no se juega, ¿ qué quieres que hagamos aquí ?

— Nadie os obliga á quedaros.

— Me pareces un bribón redomado : yo se lo diré al amo.

— Decídselo al papa si queréis.

— ¿ Y crees que vamos á contentarnos con tus respuestas ?

— No tendréis otro remedio.

— ¿ Y si no estamos contentos ?

— Entonces, dijo el mozo socarronamente, si no estáis contentos, ¿ sabéis lo que haréis ?

— No.

— Tomaréis cartas.

— ¡ Mil truenos ! ¡ creo que te burlas de mí ! exclamó el bebedor dando sobre la mesa un puñetazo que hizo saltar á seis pulgadas de altura las botellas, los vasos y los platos. ¡ Cartas ! justamente es lo que nosotros pedimos.

Pero el mozo estaba ya á la mitad de la escalera, y el bebedor se vió obligado á calmarse, no esperando, según daba á entender, más que una ocasión de hacer estallar su mal humor.

— ¡ Eh ! parece que el bribón ha olvidado que me llamo Juan Taureau, y que mato un buey de un puñetazo. Será preciso que se lo recuerde.

Y tomando de la mesa una botella medio vacía, se bebió de un trago su contenido.

— Juan Taureau tiene algún disgusto, murmuró uno de los cinco convidados al oído de su vecino, y le conozco bien ; será preciso que alguno pague sin culpa.

— En este caso, contestó el que había oído la confidencia, ¡ pobres lechuginos !

CAPÍTULO V.

JUAN TAUREAU.

Ya hemos dicho que uno de los cinco bebedores que pidiera cartas, y que se había bautizado con el nombre de Juan Taureau, nombre que cuadraba maravillosamente á su traza, no esperaba más que una ocasión favorable para hacer estallar su mal humor.

No tardó en presentarse esta ocasión.

Confiamos en que el lector nos sigue con bastante atención para no haber olvidado la observación que Ludovico hiciera respecto á la atmósfera de la sala.

En efecto, el vapor de los manjares, el olor del vino, el humo del tabaco, las emanaciones de los convidados, habían vuelto el aire de esta especie de granero imposible de respirar para pulmones acostumbrados á un aire puro. Según todas la probabilidades, no se había abierto la ven-

tana desde el último rayo del sol del último otoño. Resultó de aquí que un mismo instinto de conservación impulsó á los tres amigos hacia la ventana que daba luz al fogón, y aire en casos extremos como el en que se encontraban.

Petrus llegó el primero ; levantó la parte inferior y enganchó el anillo en el clavo destinado á sostenerla.

Juan Taureau había encontrado la ocasión que buscaba.

Levantóse de su asiento, y apoyando sus dos puños sobre la mesa :

— ¿ Estos señores abren la ventana, según parece ? dijo dirigiéndose colectivamente á los tres jóvenes, pero más particularmente á Petrus.

— Ya lo véis, amigo mío, contestó éste.

— Yo no soy vuestro amigo, dijo Juan Taureau ; ¡ cerrad la ventana !

— Sr. Juan Taureau, replicó Petrus con una cortesía irónica, aquí tenéis á mi amigo Ludovico, que es un fisico distinguido, y que va á explicaros en dos segundos de qué elementos debe componerse el aire para ser respirable.

— ¿ Qué quiere decir ahora con sus elementos ?

— Dice, señor Juan Taureau, respondió Ludovico en un tono cortés que no cedía en nada al de Petrus, ni aun en el aire burlón que éste había adoptado, dice que la atmósfera para no ser nociva á los pulmones de un hombre honrado debe componerse de setenta y cinco á setenta y seis partes de ázoe, de veintidos á veintitres partes de oxígeno, y de dos partes de agua poco más, poco menos.

— Oye, Juan Taureau, interrumpió á su turno uno de los cuatro hombres de blusa, creo que te habla en latín.

— ¡ Bueno ! entonces voy á contestarle en francés.

— ¿Y si no comprende?

— ¡Entonces habrá leña!

Y Juan Taureau mostró dos puños que igualaban en grosor á la cabeza de un niño.

Después, con una voz que no hubiera admitido réplica entre hombres de su clase.

— ¡Vamos, dijo, á cerrar esa ventana más pronto que la vista!

— Esa es quizás vuestra opinión, maese Juan, observó tranquilamente Petrus cruzándose de brazos delante de la ventana abierta; pero no es la mía.

— ¡Cómo! ¿tú tienes acaso esa opinión?

— ¿Por qué no había de emitirla un hombre, cuando pretende tenerla un bruto?

— Atiende, Zancadilla, exclamó Juan Taureau frunciendo las cejas y dirigiéndose á uno de sus convidados, en quien se hubiera reconocido fácilmente á un traperero aunque no le hubiese denunciado como tal el nombre que le daba su interlocutor, ¿creo que este desgraciado mozalvete me llama bruto?

— Así me lo aparece, respondió Zancadilla.

— ¡Pues bien! ¿Qué es lo que hemos de hacer?

— En primer lugar, obligarle á cerrar la ventana, si se su voluntad, y después pegarle.

— Esto es hablar como un hombre.

En seguida, dirigiendo á los amotinados una tercera intimación:

— ¡Mil truenos! ¡Pronto, cerrad la ventana!

— ¡Oh! respondió tranquilamente Petrus, no hay truenos ni relámpagos que valgan; la ventana quedará abierta.

Juan Taureau llenó tan bruscamente su pecho de este aire que parecía á los jóvenes imposible de respirar, que

esta aspiración semejó al mugido del animal cuyo nombre había tomado.

Robert vió armada la disputa y quiso impedirla, aunque comprendiese que era ya casi imposible. Por lo demás, si alguno podía llegar á tal resultado, era él seguramente, pues era el único que conservaba su sangre fría.

Se adelantó con seguro paso á Juan Taureau, y tratando de calmarle:

— Señor mío, dijo, venimos de fuera, y al entrar en esta sala nos ahogábamos.

— Yo lo creo, dijo Ludovico; ¡aquí no se respira más que ácido carbónico!

— Permittednos pues que abramos la ventana por un momento para renovar el aire, y después la cerraremos.

— La habéis abierto sin mi permiso, exclamó Juan Taureau.

— Bien: ¿y qué? dijo Petrus.

— Que era preciso pedirlo, y acaso os le hubiera concedido.

— Basta ya, le dijo Petrus; he abierto la ventana porque me agradaba, y permanecerá abierta hasta que yo quiera cerrarla.

— Cállate, Petrus, interrumpió Juan Robert.

— No, no me callaré. ¿Crees que estoy acostumbrado á dejarme sobar por tunos de esa especie!

Á la palabra de *tunos*, los cuatro camaradas de Juan Taureau se levantaron, aproximándose á los tres jóvenes con la intención evidente de secundar las malas intenciones del provocador.

Á juzgar por la dureza y ferocidad de sus facciones, y por su aspecto salvaje, eran cuatro valentones, que reforzados con el quinto, personaje cuyo carácter conocemos,